



Factura Garbarino - Abril

Viernes 1 abril 2016 viernes de la Octava de Pascua

Santo Evangelio de Jesucristo según San Juan 21,1-14.

Jesús se apareció otra vez a los discípulos a orillas del mar de Tiberíades. Sucedió así: estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos. Simón Pedro les dijo: "Voy a pescar". Ellos le respondieron: "Vamos también nosotros". Salieron y subieron a la barca. Pero esa noche no pescaron nada. Al amanecer, Jesús estaba en la orilla, aunque los discípulos no sabían que era él. Jesús les dijo: "Muchachos, ¿tienen algo para comer?". Ellos respondieron: "No". Él les dijo: "Tiren la red a la derecha de la barca y encontrarán". Ellos la tiraron y se llenó tanto de peces que no podían arrastrarla. El discípulo al que Jesús amaba dijo a Pedro: "¡Es el Señor!". Cuando Simón Pedro oyó que era el Señor, se ciñó la túnica, que era lo único que llevaba puesto, y se tiró al agua. Los otros discípulos fueron en la barca, arrastrando la red con los peces, porque estaban sólo a unos cien metros de la orilla. Al bajar a tierra vieron que había fuego preparado, un pescado sobre las brasas y pan. Jesús les dijo: "Traigan algunos de los pescados que acaban de sacar". Simón Pedro subió a la barca y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: eran ciento cincuenta y tres y, a pesar de ser tantos, la red no se rompió. Jesús les dijo: "Vengan a comer". Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: "¿Quién eres", porque sabían que era el Señor? Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio, e hizo lo mismo con el pescado. Esta fue la tercera vez que Jesús resucitado se apareció a sus discípulos.

Palabras de nuestro Padre y Fundador

Pero, lo más importante: la constitución Sacrosanctum Concilium nos advierte con claridad que, cuando pongamos nuestros pensamientos en la resurrección y la gloria, no pensemos solamente en el final de nuestra vida. Al final de nuestro peregrinar por este mundo también nuestro cuerpo participará de la glorificación. Sin embargo, ya aquí en la tierra, podemos participar espiritualmente de la vida de Cristo glorificado; más aún, debemos hacerlo. Tenemos el programa y la tarea de ir desplegando ya aquí, y de manera perfecta, todo lo que entraña esa participación en la vida de Cristo glorificado.

Hilemos un poco más fino en este punto. Los teólogos nos dicen que, después de la muerte, nuestro cuerpo glorioso tendrá las cualidades del cuerpo glorioso del

Señor. Por otra parte, las cualidades del cuerpo glorioso del Señor nos dan una vislumbre de las cualidades que recibe nuestra alma gloriosa en virtud del bautismo y la participación en el misterio pascual. (P. José Kentenich, Homilía para la comunidad alemana de la parroquia de san Miguel, Milwaukee, Estados Unidos, 18 de abril de 1965)

Sábado 2 abril 2016 sábado de la Octava de Pascua

Santo Evangelio de Jesucristo según San Marcos 16,9-15.

Jesús, que había resucitado a la mañana del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena, aquella de quien había echado siete demonios. Ella fue a contarle a los que siempre lo habían acompañado, que estaban afligidos y lloraban. Cuando la oyeron decir que Jesús estaba vivo y que lo había visto, no le creyeron. Después, se mostró con otro aspecto a dos de ellos, que iban caminando hacia un poblado. Y ellos fueron a anunciarlo a los demás, pero tampoco les creyeron. En seguida, se apareció a los Once, mientras estaban comiendo, y les reprochó su incredulidad y su obstinación porque no habían creído a quienes lo habían visto resucitado. Entonces les dijo: "Vayan por todo el mundo, anuncien la Buena Noticia a toda la creación."

Palabras de nuestro Padre y Fundador

"Por eso la constitución Sacrosantum Concilium nos recuerda que por el bautismo se nos injerta en el misterio pascual en su totalidad: morimos con Cristo, somos sepultados con Cristo y resucitamos con Cristo. No sólo se nos introduce en una misteriosa participación en la pasión sino, al mismo tiempo, en la resurrección y gloria de Jesús. No consideremos a la Pascua únicamente como un recuerdo o rememoración, tal como veníamos haciéndolo hasta ahora. Naturalmente es también una rememoración; es la prueba de la divinidad del Señor y del cristianismo; es el firme cimiento de nuestra fe en Cristo. Pero no olvidemos ahondar más aún en ella y asumirla como un misterio, como un proceso de vida que se hace realidad en nosotros en virtud del bautismo. El bautismo es también imagen del misterio pascual. Pero, lo más importante: la constitución Sacrosanctum Concilium nos advierte con claridad que, cuando pongamos nuestros pensamientos en la resurrección y la gloria, no pensemos solamente en el final de nuestra vida. Al final de nuestro peregrinar por este mundo también nuestro cuerpo participará de la glorificación. Sin embargo, ya aquí en la tierra, podemos participar espiritualmente de la vida de Cristo glorificado; más aún, debemos hacerlo. Tenemos el programa y la tarea de ir desplegando ya aquí, y de manera perfecta, todo lo que entraña esa participación en la vida de Cristo glorificado." (abril 1965)